

**IMPOSICIÓN DE LA ORDEN DE BOYACÁ AL MOVIMIENTO
“FE Y ALEGRÍA” DE COLOMBIA.** Bogotá , 18 de octubre de
2001

Cuenta Facundo Cabral, el cantautor argentino, que durante una procesión religiosa en una Semana Santa de Sevilla presencié una de las escenas más conmovedoras que ha visto en toda su vida. Se trataba de un hombre andaluz que tenía un solo brazo y una sola pierna, quien con su medio cuerpo se arrodillaba en el suelo como podía y le rezaba a la Virgen, que pasaba sobre los hombros de los penitentes, con estas palabras: *“Madrecita querida: dile a Jesús que le diga al Padre que lo quiero mucho, que se lleve lo que me queda... Todo es de Él, tú sabes... Sólo te pido que le digas que no me quite la alegría, porque sin ella nada soy”*.

He recordado esta anécdota, triste y esperanzadora a la vez, porque al hablar hoy de “Fe y Alegría” vienen a mi mente dos conceptos que se entremezclan en dicha historia de Sevilla: Por una parte, el hombre, desposeído, atribulado, plagado de miserias, pero lleno de dignidad; en otras palabras, el prójimo, ese a quien Jesús nos enseñó a amar como a nosotros mismos. Por otro lado, la alegría, el don divino de la alegría, del

gozo del alma, que embellece los rostros y suaviza los espíritus.

Con esa hermosa combinación el ser humano se hace más humano, más grande, más cercano a la gloria de Dios.

Ese sentido de solidaridad y de alegría es el que entendió claramente el Padre José María Vélaz, un jesuita nacido en Chile, de origen español, quien siempre soñó con ser misionero en China, y se preparó para ello, si bien acabó cumpliendo su misión en Latinoamérica, creando un movimiento de Educación Popular Integral y de Promoción Social, cuya presencia y labor en Colombia hoy nos convoca.

El Padre Vélaz, que había regentado varios colegios de la Compañía de Jesús en Venezuela, entendió en Caracas, mientras trabajaba en la Universidad Católica a mediados de la década del cincuenta, que el servicio cristiano, para ser verdaderamente eficaz, debía concretarse en un vasto movimiento educativo que rescatara a las mayorías de la ignorancia. Él pensaba, con razón, que la educación era la llave para sacar al pueblo de su condición de marginalidad y servidumbre.

Fue así como nació, en una casa ofrecida por un obrero, con el entusiasmo de un grupo de estudiantes universitarios liderados por el padre Vélaz y con 100 niños sentados en bloques sobre el suelo, el movimiento “Fe y Alegría”.

La misión de sus integrantes fue descrita bellamente por el padre Vélaz: *“Somos mensajeros de la Fe y al mismo tiempo Mensajeros de la Alegría. Debemos por lo tanto aspirar a ser Pedagogos en la Educación de la Fe y Pedagogos de la Alegría. Dos vuelos espirituales tan hermosos y radiantes que son capaces de enamorar una vocación. Dos Poderes y dos Dones de Dios que son capaces de transformar el mundo”*.

Pronto, este movimiento misional por la educación de los más pobres se fue expandiendo como se expanden las cosechas nacidas de la semilla del amor. Salió de Venezuela y se regó como una catarata de luz por otros países de la región como Ecuador, Panamá, Perú, Bolivia, El Salvador y, felizmente, Colombia, en 1971, hace tres décadas. Pero no paró aquí: siguió avanzando en Nicaragua, Guatemala, Brasil, República Dominicana, Paraguay, Argentina y Honduras, hasta completar

una red de 14 países donde “Fe y Alegría” desarrolla su trabajo de educación integral para las clases populares.

Y debemos ser claros: la educación que proporciona y promueve “Fe y Alegría” no es una educación pobre para los pobres, sino una educación de calidad; la mejor educación para los más pobres, una educación integral que forme a la persona en su totalidad.

Como bien lo dicen los postulados básicos del movimiento, *“no bastará educar a todos los hombres, sino que habrá que educar a TODO el hombre... Habrá que atender su estómago si tiene hambre, su salud si está resquebrajada, su corazón si está herido por el desamor”*.

Eso es “Fe y Alegría”: atención integral al hermano, comprensión al otro, educación para una vida mejor.

“Fe y Alegría”: una virtud y una cualidad que hoy se funden en un solo propósito con forma de corazón: miles y miles de corazoncitos, como los que se han forjado y hecho ciudadanos de bien en sus escuelas; miles y miles de corazoncitos como los que repartían los estudiantes en las calles un día al año

para recordarnos que nuestra acción y contribución por la educación de los más pobres es una ofrenda del corazón para el corazón.

Apreciados amigos:

La historia de “Fe y Alegría” en Colombia es también una historia de amor: la historia del amor de muchos hombres y mujeres por sus semejantes, convertido en escuelas, en restaurantes escolares, en hogares infantiles y centros de salud.

Desde aquel año de 1971, cuando la Compañía de Jesús fundó en Colombia, después de largas conversaciones con el Padre José María Vélaz, el capítulo nacional de “Fe y Alegría”, dirigido entonces por el Padre Armando Aguilar, hasta el día de hoy, cuando el Movimiento sigue creciendo y evolucionando en amor y cubrimiento de la mano del entusiasmo y el liderazgo del Padre Manuel Uribe Ramón, su acción perdurable se ha extendido a 20 ciudades del país en 11 departamentos de nuestro territorio.

Hoy “Fe y Alegría” atiende a 8.300 niños en 38 hogares infantiles; a 58.100 alumnos en 76 centros de educación formal, a través de 213 programas que van desde la preprimaria hasta la educación media; a 96.600 estudiantes en programas de educación no formal, que incluyen alfabetización de adultos y capacitación laboral, y a 58.500 niños y jóvenes en centros de salud, restaurantes escolares y centros de desarrollo comunitario.

Son más de 200.000 niñas y niños, jóvenes de Colombia de bajos recursos, que reciben los beneficios de la acción de “Fe y Alegría”, una cifra que en Suramérica sólo es superada por Venezuela, la cuna del Movimiento en América, lo que demuestra cómo éste se ha expandido y crecido con vientos favorables en nuestro país.

¡Qué bueno ver hoy en este recinto a muchos de los maestros que hacen posible cada día este don de la educación integral! Ustedes merecen también nuestro reconocimiento y gratitud por su labor docente a favor del futuro de Colombia.

Basta con visitar cualquier colegio de “Fe y Alegría” para darse cuenta de cómo los pequeños colombianos reciben en sus

establecimientos, con calidad, una instrucción que va mucho más allá de lo académico. Allí salta a la luz el sentido cristiano y solidario de la enseñanza. Allí encontraremos aulas impecables y ordenadas con espíritu cívico por los mismos alumnos. Allí los veremos practicando deporte, ensayando obras de teatro, realizando actividades de beneficio para sus comunidades o asistiendo con alegría a los restaurantes escolares, donde reciben una alimentación nutritiva y balanceada. ¡Esa es una visión que quisiéramos replicar en todos los rincones de Colombia!

Los miembros de la Compañía de Jesús que dirigen el Movimiento, las religiosas y religiosos de 52 comunidades religiosas, los más de 2.400 docentes y los miembros del voluntariado que hacen parte de “Fe y Alegría” saben que su trabajo es un trabajo para la eternidad porque es un trabajo formador de las mentes y los espíritus de sus estudiantes: las mentes y los espíritus que habrán de construir la Colombia del futuro.

Como Presidente de la República, junto con Nohra, -quien ha sido siempre una entusiasta amiga y colaboradora de “Fe y Alegría”-, hoy me siento muy feliz al conceder a este

Movimiento, en sus 30 años de existencia en nuestro país, la más alta condecoración de la patria: la Orden de Boyacá en el grado de Cruz de Plata.

Esta condecoración histórica, que nació como un premio para los héroes de la batalla de Boyacá, la gesta que abrió los senderos de la libertad para Colombia, hoy se entrega a los nuevos héroes del siglo XXI, a aquellos que luchan la más hermosa batalla por la libertad del espíritu humano: la batalla de la educación.

Éste es un reconocimiento que no sólo proviene del Gobierno, sino que surge de un pueblo entero que mira agradecido la labor de patria, de futuro, de fe, de coraje, que realiza día a día “Fe y Alegría” por las niñas y los niños más pobres de Colombia, por los mismos educadores y por todos aquellos hombres y mujeres que buscan en sus instituciones y programas una educación integral.

Felicito muy cordialmente a la Compañía de Jesús, al Padre Manuel Uribe y a todos aquellos que han participado en las obras de “Fe y Alegría” durante estas tres décadas. ¡Ustedes sí que tienen motivo para sentirse orgullosos! Ustedes están

construyendo, con las herramientas del saber y del amor, un nuevo país donde todos crezcamos y progreseemos en una comunidad de amor y de fe.

Bien lo decía el Padre Vélaz, el inspirador de este Movimiento al que hoy rendimos homenaje: *“Pueblo ignorante es pueblo sometido, pueblo mediatizado y pueblo oprimido. Por el contrario, pueblo educado es pueblo libre, pueblo transformado y pueblo dueño de sus destinos”*.

Sigamos, queridos amigos de “Fe y Alegría”, forjando libertad, progreso y futuro a través de la educación. ¡No concibo mejor ni más noble misión en este mundo!

Muchas gracias